

nada de su vida y solo quiere «información sobre Gabi». Sin embargo durante la función evoluciona y al final seguirá el consejo de Esteban que le incita a optar por su autonomía personal: lo importante no es que se vaya o no con Nina sino «que sea porque» él así lo determine, porque su vida «va a empezar en cuanto que decida algo». Y en efecto dirá a su amigo de la infancia «No quiero irme. Lo que yo quiero está aquí».

Es muy interesante el rol que tienen en la obra los personajes ausentes pertenecientes al grupo de la protagonista, descritos como los demás no sólo a través del diálogo, sino también mediante la didascalia. Citamos tan sólo a María, que «prefiere quedarse merodeando a Gabi como una perra y no puede soportar [su] existencia». En este sentido recuerda a los personajes de *Historia de una escalera* de Buero Vallejo que han fracasado por no haber escogido la verdad de los sen-

timientos. En efecto se casó con Blas «para poner una pared a lo que no era capaz de dejar» y esperaba que su marido la obligase. Casándose con él sin amor «empezó a no tenerse respeto». De la misma forma se materializan los demás personajes ausentes: Pedro, Irene y Gabi que tienen gran importancia en la trama.

Aunque la obra está anclada a la realidad cotidiana nunca falta la dimensión simbólica y trágica. Su destilado dramático tiene una proyección intemporal en problemas universales como la convivencia con los demás, el de la vida y la muerte o la fragilidad de la memoria vital, coherentemente con la mejor producción del autor. Mención especial merece el uso de la lengua, sujeto de una atenta labor de revisión y perfeccionamiento en la que la exactitud expresiva y el diálogo elaborado están al servicio de una alta dramaticidad. ■

El vals de los condenados

de Santiago Martín Bermúdez

Ignacio del Moral

El vals de los condenados

de
Santiago Martín Bermúdez

Edición
**Centro de Ediciones
Diputación de Málaga
Málaga, 2004**

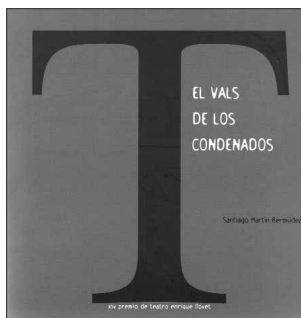
Autor ya de una decena de obras teatrales, a pesar de lo confesadamente tardío de sus comienzos —como dramaturgo, ya que formó parte del legendario grupo Los Goliardos—, Santiago Martín ha desarrollado una singular carrera como escritor dramático, que muestra como señas de identidad el amor a la música (es autor de algunos libretos para ópera, y ejerce de crítico y ensayista musical), a la cultura francesa (ha publicado numerosas traducciones), el sentido del humor (al que tenemos acceso quienes de vez cuando tenemos el gusto de compartir el tiempo con él) y... el cariño por los muertos: En efecto, tanto en esta obra como otras varias de las suyas, entre otras *No faltéis esta noche*, con la que obtuvo el *Premio Lope de Vega* en 1995 desempeñan un importante papel personajes ya fallecidos que por una u otra razón son traídos de vuelta al más acá u obligados a seguir sus avatares en el más allá.

La obra que nos ocupa propone un interesante ejercicio acerca de tres intensos personajes de las letras francesas del siglo XX: Pierre Drieu de la Rochelle, Louis Aragon y

André Malraux, que son convocados a un singular juicio póstumo que se ha venido posponiendo hasta que fallezca la que ha de ejercer de abogada defensora, Madame Dominique de Beaumanoir, que ha sido en vida biógrafo de los tres, lo que ha de suponer un conocimiento y afecto hacia sus biografiados que la hacen indicada para este menester. La propia fallecida es la primera sorprendida cuando, al poco de morir, se ve requerida para esta tarea por un singular tribunal.

Tan original planteamiento se desarrolla en forma de una «vista» de reglas algo peregrinas, en la que lo que se pide a los acusados, fundamentalmente, que expliquen sus trayectorias vitales antes de ser admitidos definitivamente en la otra vida, y entre cuyas sesiones se intercalan, a lo largo de 14 escenas, situaciones de confrontación entre los diferentes personajes.

Las relaciones entre ellos, sus avatares literarios e intelectuales, son la materia de la obra, y al hilo de este argumento, se entreteje una reflexión acerca del siempre candente tema del compromiso, de la relación



del artista con las ideologías y finalmente con el poder. Todo en un texto que demuestra una extremada finura en la escritura, un conocimiento profundo de los temas y personajes representados y un discurso propio, a la vez escéptico y piadoso, sobre los asuntos tratados.

A caballo entre la reconstrucción biográfica y el ensayo, *El Vals...* asume el riesgo de caer en la discursividad, o en la falta de dramaticidad. Sin embargo, SMB sortea el peligro a base de agilidad, sentido del humor y algunos recursos dramáticos que permiten que el texto tenga vida dramática propia. Naturalmente, el disfrute del texto crece en proporción al conocimiento que el lector tenga de los personajes, época y circunstancias.

Tal vez esta sea la gran duda que puede plantear el texto a la hora de imaginar una posible puesta en escena. Sin embargo, está reciente el éxito de un texto como *La Cena*, que congregó a un amplísimo sector de público, del cual cabe suponer que muy pocos espectadores tendrían un conocimiento ni siquiera somero sobre la Revolución Francesa, sus protagonistas y avatares. Tal vez, como se apunta en la entrevista final, debamos a esperar a que la obra tenga éxito en Francia para poder verla aquí.

Drieu, Aragon y Malraux se constituyen en personajes intensos y apasionantes por méritos propios. Sus ambigüedades, la humanidad de sus cambios de rumbo, tan comprensibles, y tan bien justificados por ellos mismos, los hacen tan creíbles y coherentes como, valga la paradoja, verdaderos personajes de ficción.

Las reflexiones en torno al nazismo, al fascismo, al comunismo y hasta el franquismo están llenas de agudeza e ironía. A través de estos tres personajes se analiza la grandeza y el fracaso del siglo XX, el siglo del fin de las utopías, esas utopías malditas que costaron millones de muertos. Ya se sabe que las utopías las carga el Diablo.

SMB es un escritor a la vez apacible y osado. Sus textos no contienen estridencias ni provocaciones estéticas, ni proponen juegos escénicos gratuitos. Están marcados por la lógica dramática, la razón y la pureza de líneas. No proporcionan fáciles excusas para la desmesura en su puesta en escena. Tal vez por esto los directores, en esta época donde prima el espectáculo sobre el discurso, no se disputan sus textos. Teatro de palabra, de con-

frontación dialéctica, de construcción de pensamiento. Nada más y nada menos.

El volumen que contiene la obra incluye un breve prólogo, obra de Diana de Paco Serrano, y un par de interesantísimos Postfacios:

En el primero de ellos, además de algunas sutiles indicaciones acerca de la posible puesta en escena, SMB da una breves pinceladas sobre los personajes destinadas a sus futuros intérpretes.

En el segundo, se nos ofrecen algunas notas acerca del origen del texto y acerca de los personajes y su significación. Su lectura previa a la de la obra puede servir como preparación y contribuir a un mayor disfrute de la misma.

Además de los Postfacios señalados, el libro incluye, bajo el título *Acusados*, una jugosísima entrevista a SMB firmada por Enrique Moreno.

La entrevista, que transcurre como una conversación aguda y cómplice, saca a la luz muchos aspectos de la personalidad como dramaturgo de nuestro autor, le da ocasión de hablar con voz propia y mostrar sin exhibicionismo su inteligencia, cultura y sentido de la ironía y explicar su fascinación por los personajes del *Vals* y sus avatares literarios, vitales e intelectuales, además de ofrecer una serie de reflexiones, sinceras y a la vez distanciadas acerca de la perplejidad ideológica de una generación, la suya, que hubo de hacer un doloroso tránsito desde la fascinación idealista por las posiciones cercanas al comunismo a la aceptación del fracaso del mismo y la revelación de su lado oscuro. Todo ello sin perder la humanidad, la sonrisa ni, en el caso del exquisito Santiago, la compostura.

En cuanto a la edición como tal, el libro peca de ese lujo excesivo propio de las ediciones oficiales, con su papel marfileño de grueso gramaje, con ese formato cuadrado que tanto descabala una estantería y aire, mucho aire en sus páginas... combinado con unos tipos casi diminutos que complican la lectura a quienes vamos sufriendo los estragos de la presbicia.

Un libro, por todo lo mencionado, altamente recomendable: porque da la ocasión de leer una obra que, posiblemente, necesita una profesión teatral más lúcida que la nuestra para ser puesta en escena, y porque permite conocer mejor a uno de nuestros autores más elegantes, inteligentes y singulares. ■